
Finalidad y contingencia: la concepción kantiana de los organismos

Purposiveness and contingency: The Kantian conception of organisms

EDUARDO MOLINA

Departamento de Filosofía
Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad Alberto Hurtado
6500620 Santiago (Chile)
emolina@uahurtado.cl

Abstract: One of the most significant contributions of *Kant's Critique of the power of judgment* is his conception of living beings or organisms as natural ends. In this paper I discuss the main characteristics that Kant attributes to organisms and I attempt to show how this conception relates to the principle of purposiveness of nature and to the problem of contingency with respect to conformity to law.

Keywords: Kant, purposiveness, contingency, nature, organism.

Resumen: Una de las contribuciones más importantes de la *Crítica de la facultad de juzgar* de Kant es su concepción de los seres vivos u organismos como fines naturales. En este artículo se discutirán las principales características que Kant atribuye a los organismos y se intentará mostrar cómo se relaciona esta concepción con el principio de la finalidad de la naturaleza y con el problema de la legalidad de lo contingente.

Palabras clave: Kant, finalidad, contingencia, naturaleza, organismo.

RECIBIDO: MARZO DE 2013 / ACEPTADO: SEPTIEMBRE DE 2013

1. FINALIDAD Y CONTINGENCIA EN LA NATURALEZA

En la primera Introducción a la *Crítica de la facultad de juzgar*¹, Kant identifica el principio de la *finalidad* o *adecuación a fin* (*Zweckmässigkeit*) de la naturaleza con el de la “legalidad de lo contingente como tal”². Dicho muy brevemente, el principio de la finalidad nos indica que debemos presuponer que la naturaleza, hasta en lo más particular y contingente de ella, es capaz de ser llevada a la legalidad del concepto. Como destaca Kant en esa misma Introducción, la variedad y heterogeneidad de lo particular e incluso de las leyes empíricas que cabe descubrir en la naturaleza, podrían ser tan grandes que, sin aquel principio, no tendríamos cómo orientarnos en esa “inquietante diversidad ilimitada”³ que encontramos en la investigación natural, según la acertada expresión de Kant.

En efecto, Kant intenta mostrar que, en toda investigación natural que se enfrenta a los casos particulares, es preciso suponer que la naturaleza, en su infinita diversidad, es congruente con la capacidad humana de conectar las variadas experiencias y leyes particulares en un sistema organizado y conforme a ley, según exige la razón. Dicho de otro modo, tenemos que suponer que lo diverso de la naturaleza es de suyo clasificable en términos de géneros y especies de acuerdo a un sistema lógico. Tal es, en efecto, el principio que la facultad de juzgar reflexionante tiene que adoptar, para su propio uso, con el propósito de reflexionar sistemática y racionalmente sobre lo contingente de la naturaleza. Dicho principio es, por tanto, solo regulativo, aunque, dice Kant, “vale para nuestra

1. Las obras de Kant se citan de acuerdo a *Kant's gesammelte Schriften*, edición de la Akademie der Wissenschaften, Berlín, 1902 y ss., con la referencia al volumen y número de página. Se usan las siguientes abreviaturas:

1. *Einleitung KU: Erste Einleitung in die Kritik der Urteilskraft*. AA 20: 193-251.

AA: *Kant's gesammelte Schriften*. Ed. Akademie der Wissenschaften. Berlin: 1902 y ss.

KU: *Kritik der Urteilskraft*. AA 05: 165-485.

Logik: *Logik. Ein Handbuch zu Vorlesung*. AA 09: 1-150.

Teleologische Principien: *Über den Gebrauch teleologischer Principien in der Philosophie*. AA 08, 157-184.

Para las citas de KU, sigo la traducción de Pablo OYARZÚN, *Crítica de la facultad de juzgar* (Monte Ávila, Caracas, 1992).

2. I. KANT, 1. *Einleitung KU*, AA 20: 217.

3. I. KANT, 1. *Einleitung KU*, AA 20: 209.

facultad de juzgar humana con la misma necesidad que si fuera un principio objetivo”⁴.

La noción de *contingencia* que Kant maneja en la *Crítica de la facultad de juzgar* apunta especialmente a destacar aquellos rasgos o características de los fenómenos que no quedan subsumidos inmediatamente bajo la legalidad necesaria del principio causal mecánico. En este sentido, todas las leyes empíricas suponen un principio que haga inteligible la diversidad fenoménica particular en términos legales para poder orientarnos racionalmente en su indagación natural. Pero, como se verá, en el caso de los organismos se trata de una contingencia que presenta ella misma visos de una legalidad diferente a la del principio de causalidad mecánica, de modo tal que ellos no solo *pueden* ser pensados de acuerdo a otro principio, sino que, según Kant, *deben* ser pensados de acuerdo al principio de la causalidad final.

En lo que sigue, quisiera mostrar cómo opera el principio de la finalidad en cuanto legalidad de lo contingente en un ámbito especial, el del juicio teleológico objetivo, y en particular en el caso de los organismos considerados como fines naturales. Dejaré, pues, fuera de esta indagación las modalidades que dicho principio reviste en la experiencia estética, por un lado, y en la filosofía de la historia, por otro. Intentaré mostrar, sin embargo, que hay buenos motivos para pensar que el análisis de los seres vivos grafica paradigmáticamente el uso de tal principio, sobre todo si tenemos presente la repetida imagen kantiana de una naturaleza que “se especifica a sí misma” y que obra “artísticamente” y no solo de modo mecánico⁵. En efecto, aunque Guyer ha intentado mostrar que el principio de la finalidad tiene usos distintos en las dos partes principales de la *Crítica de la facultad de juzgar*⁶, la caracterización de dicho principio como el de la *legalidad de lo contingente* permite ver un concepto unitario y consistente de la finalidad en toda la tercera *Crítica*.

4. I. KANT, *KU*, §76, AA 05: 404.

5. I. KANT, *1. Einleitung KU*, AA 20: 214-215.

6. Cf. P. GUYER, *Kant and the Claims of Taste* (Cambridge University Press, Cambridge, 1997) 196 y ss.

2. LA APLICACIÓN DEL PRINCIPIO DE FINALIDAD A LA NATURALEZA

En consonancia con lo declarado en el Apéndice a la Dialéctica trascendental de su primera *Crítica*, Kant reconoce también en la *Crítica de la facultad de juzgar* que el principio de la finalidad en su uso lógico, en cuanto principio de especificación de la naturaleza en pro de un sistema de la experiencia, nos permite clasificar lo diverso en géneros y especies y así sistematizar el conocimiento empírico. De aquí surgen, según Kant, las fórmulas más generales del juicio teleológico: “la naturaleza toma el camino más corto” (*lex parsimoniae*), “no hace nada en balde”, “no da saltos en la diversidad de las formas” (*lex continui in natura*), “es rica en especies y, sin embargo, parsimoniosa en los géneros”, etc.⁷

Sin embargo, como señala el propio Kant, el principio de la finalidad en este uso lógico deja sin estipular si las cosas singulares mismas, esto es, los productos naturales o al menos algunos de ellos, pueden ser considerados a su vez como sistemas organizados, realmente adecuados a fin, o si son solo, en último término, simples agregados. Únicamente en el primer caso podría hablarse, afirma Kant, de una finalidad *real* o *absoluta*⁸, aunque, por cierto, siempre desde la perspectiva regulativa de la facultad de juzgar reflexionante. Siendo esto así, es posible sostener que es justamente en la indagación sobre los organismos como fines naturales donde debe probarse el alcance más radical del principio de la finalidad en cuanto legalidad de lo contingente.

Veamos entonces cómo vincula Kant las nociones de finalidad y contingencia en el caso ejemplar de los organismos. Para esto discutiré en primer lugar un pasaje del §61 de la *Crítica de la facultad de juzgar*, en el que se concentran varios de los conceptos centrales que quiero destacar:

“La adecuación a fin objetiva, en cuanto principio de la posibilidad de las cosas de la naturaleza, dista tanto de estar en

7. I. KANT, *1. Einleitung KU*, AA 20: 210; *KU*, *Einleitung*, AA 05: 182.

8. Cf. I. KANT, *1. Einleitung KU*, AA 20: 217, 221.

conexión *necesaria* con el concepto de la naturaleza, que es más bien lo que se invoca preferentemente para probar, a partir de ahí, la contingencia de la misma (la naturaleza) y de su forma. Pues cuando, por ejemplo, se aduce la estructura de un ave, el ahuecamiento de sus huesos, la disposición de sus alas para el movimiento y de la cola para servir de timón, etc., se dice que todo eso es contingente en el más alto grado, según el simple *nexus effectivus* de la naturaleza, sin tener que recurrir a una particular especie de causalidad, o sea, la de los fines (*nexus finalis*); es decir, que la naturaleza, considerada como simple mecanismo, podría haberse configurado de mil otros modos, sin ir a dar justamente en la unidad según un principio semejante, y que, por tanto, no cabe esperar el mínimo fundamento *a priori* para ello en el concepto de naturaleza, sino solamente fuera de él”⁹.

Según la interpretación que quiero proponer de este pasaje, lo que Kant intenta mostrar aquí es que precisamente esta contingencia de ciertas conformaciones de la materia a la luz de la explicación mecánica, en la medida que estas se muestran a la vez como *conformes a ley* ante nuestra reflexión, es lo único que puede justificar el uso real, aunque regulativo, del principio de la finalidad, por analogía con la causalidad de la razón y siempre en congruencia, por cierto, con la investigación de la naturaleza en términos mecánicos.

Dos requisitos al menos deben cumplirse entonces, diría yo, para poder aplicar legítimamente el principio de la finalidad a la naturaleza: 1) Que el principio de la explicación mecánica llegue al límite de la facultad humana de conocer y no logre, por sí mismo, hacer inteligible la peculiar conformación de la materia en casos particulares. En efecto, como señala Kant en el §80 de la *Crítica de la facultad de juzgar*, aunque el derecho de la explicación mecánica es irrestricto en la investigación de la naturaleza, la capacidad de llegar a término con dicha explicación frente a cosas como fines naturales, dada la índole de nuestro entendimiento, es “no solo muy restrin-

9. I. KANT, *KU*, §61, AA 05: 360.

gida [*beschränkt*], sino claramente limitada [*begrenzt*]"¹⁰. 2) Que el orden y regularidad de lo contingente de esos casos particulares se muestre, en la reflexión, como el fruto de una "feliz casualidad" (*ein glücklicher Zufall*)¹¹, según la expresión de Kant, y que entonces la razón, que exige necesidad en todo conocimiento, no pudiendo asumirla de manera determinante, deba, sin embargo, pensar tales casos *como si* solo fueran posibles de acuerdo al concepto racional de fin.

Ahora bien, pienso que es evidente que esta "feliz casualidad" mencionada por Kant no puede quedar indeterminada al punto de que podamos aplicar el principio de la finalidad en cualquier caso que solo nos *parezca* casualmente organizado. Tiene que haber ciertos requisitos precisos que deben cumplirse en esta conjunción de contingencia y legalidad para que efectivamente estemos autorizados a aplicar tal principio en la indagación de la naturaleza y no caer así en extravíos injustificados. A mi juicio, el único caso que presenta Kant para poder resolver este problema es, precisamente, el de los organismos en cuanto fines naturales. Es ahí entonces donde hay que buscar dichas condiciones.

Examinaré ahora paso por paso los principales aspectos de la doctrina kantiana de los organismos como fines naturales.

3. LA CONCEPCIÓN KANTIANA DE LOS ORGANISMOS

En el párrafo 64 comienza Kant, aunque muy cautelosamente, su descripción de lo que él llama un *fin natural*. Sostiene ahí:

"Yo diría provisionalmente que una cosa existe como fin natural *cuando es causa y efecto de sí misma* (si bien en un doble sentido); pues hay aquí una causalidad tal que no puede ser enlazada con el simple concepto de una naturaleza sin atribuirle un fin a esta,

10. I. KANT, *KU*, § 80, AA 05: 417. Sobre esto, cf. A. BREITENBACH, *Mechanical Explanation of Nature and its Limits in Kant's 'Critique of judgment'*, "Studies in History and Philosophy of Biological and Biomedical Sciences" 37 (2006) 694–711.

11. I. KANT, *KU*, Einleitung, AA 05: 184.

pero que puede, entonces, y sin contradicción, ser pensada, mas no concebida [*gedacht, aber nicht begriffen*]¹².

Para entender esta caracterización provisional, Kant introduce el ejemplo de un árbol y de su análisis extraerá tres maneras fundamentales en las que se da esta peculiar causalidad en los organismos. Ahora bien, es importante entender la provisionalidad de este análisis. Lo que Kant hace aquí es ilustrar el concepto de fin natural mediante el ejemplo de un organismo. Los organismos, por cierto, son objetos de la experiencia, pero el concepto de fin natural es únicamente un concepto producido por nuestra reflexión con ocasión de tales fenómenos.

Veamos cómo Kant lleva a cabo dicha caracterización.

En primer lugar, dice Kant, un árbol se produce (*erzeugt*) a sí mismo en cuanto *especie* (*Gattung*), al engendrar otro individuo y ser engendrado a su vez por otro individuo de la misma especie. En este sentido, un árbol es causa y efecto de sí mismo en ese doble sentido al que aludía Kant en su primera descripción. Como ha destacado Lenoir a este respecto¹³, Kant tiene a la vista aquí el fenómeno de la reproducción o propagación como criterio fundamental de las especies denominadas *naturales* (y no meramente *académicas*)¹⁴, tal como lo expone expresamente Kant en el opúsculo *Sobre el uso de los principios teleológicos en la filosofía*. Son individuos de la misma especie, según esto, aquellos que pueden engendrar organismos que puedan a su vez reproducirse entre sí. La especie académica (*Schulgattung*) es, consiguientemente, artificial, propia de la clasificación lógica del *Systema naturae* de Linneo y de la denominada *historia natural*. Kant opta aquí expresamente por la *Naturgattung* y la llamada *descripción de la naturaleza*¹⁵.

12. I. KANT, *KU*, § 64, AA 05: 370-371.

13. Cf. T. LENOIR, *The Strategy of Life. Teleology and Mechanics in Nineteenth-century German Biology* (Reidel, Dordrecht, 1982) 30.

14. La denominada *especie académica* o *escolar* es producto de una clasificación lógica por mera comparación y no es considerada necesariamente, por tanto, como producida por la naturaleza misma.

15. Cf. I. KANT, *Teleologische Principien*, AA 08: 178-179. El criterio de la reproducción es presentado por Kant también en su escrito sobre la *Determinación del concepto de una raza humana*, donde defiende la tesis de un tronco originario común a

En segundo lugar, agrega Kant, un árbol se produce a sí mismo también como *individuo* (*Individuum*) en el proceso de crecimiento. Aquí, puntualiza, el crecimiento de los organismos debe ser considerado a su vez como un tipo de producción o engendramiento (*Zeugung*), pues se trata de algo “completamente diferente de cualquier otro aumento de tamaño según leyes mecánicas”¹⁶. Esto es así en la medida que en el crecimiento un organismo elabora primero una materia inerte hasta darle la forma adecuada a su organización y luego continúa formándose mediante este su propio producto. En esta capacidad de disociación y formación (*Scheidungs- und Bildungsvermögens*) propia de los seres organizados, piensa nuestro autor, hay tanta originalidad, que todo arte humano permanece infinitamente alejado de esa capacidad cuando intenta fabricar de nuevo esos productos.

En tercer lugar, finalmente, Kant señala que un árbol también se engendra y conserva a sí mismo en relación a sus *partes*, en la medida que cada parte depende de la conservación y existencia de las otras. En este sentido, las partes se producen circularmente las unas a las otras, comportándose alternativamente como partes y como todo, según explica Philippe Huneman¹⁷. Por cierto, Kant parece tener a la vista aquí no solo los procesos de injerto en general, como señala expresamente, sino particularmente las propiedades de regeneración de los organismos que se hicieron famosas a partir del descubrimiento de Abraham Trembley, en 1744, respecto de las capacidades regenerativas de la hidra¹⁸.

Pues bien, a partir de esta ilustración, Kant pasa a analizar lo que está en juego en una descripción como la anterior y especialmente el modo como debemos pensar, reflexivamente, un fenómeno tal. Es en este análisis donde podemos encontrar las condiciones

todas las razas humanas (AA 08: 89-106). Sobre esto último, cf. A. COHEN, *Kant on Epigenesis, Monogenesis and Human Nature: The Biological Premises of Anthropology*, “Studies in History and Philosophy of Biological and Biomedical Sciences” 37 (2006) 675-693.

16. I. KANT, *KU*, § 64, AA 05: 371.

17. Cf. P. HUNEMAN, *Métaphysique et biologie. Kant et la constitution du concept d'organisme* (Kimé, Paris, 2008) 292 ss.

18. Cf. I. GOY, *Die Teleologie der organischen Natur* (§§ 64-68), en O. HÖFFE (ed.), *Immanuel Kant. Kritik der Urteilkraft* (Akademie, Berlin, 2008) 223-239.

que algo debe cumplir para ser considerado legítimamente un fin natural. En efecto, un organismo es para Kant un ejemplo, aunque el único dado en la experiencia, del concepto reflexivo de un fin natural; siendo esto así, todo lo que Kant afirma de los fines naturales vale para los organismos, y esto es lo único que necesito suponer para el argumento que estoy presentando.

4. LOS ORGANISMOS COMO FINES NATURALES

Primero, sostiene Kant, para que algo pueda ser considerado un *fin*, se requiere que sus partes, según su *existencia* y *forma* (presencia y propiedades), solo sean posibles a través de su relación con el todo.¹⁹ Así, según un ejemplo que extraigo de Huneman, un diente de un animal *existe* porque —podemos pensar— concuerda con su aparato digestivo, teniendo en consideración que este solo puede digerir el alimento que ha sido masticado; a su vez, el diente tendrá su *forma* determinada para poder masticar, en concordancia con los otros dientes que lo rodean²⁰. Ahora bien, dado que esta relación de las partes con el todo está necesariamente mediada por la idea o concepto de esa cosa, la cosa referida podría ser únicamente un *artefacto*, producto de una causa racional externa, lo que ciertamente no se ajusta a la noción de un fin natural, pues todo se explicaría, al fin y al cabo, necesariamente a partir de la idea que tiene un artífice externo.

Segundo, entonces, para que este fin sea propiamente *natural*, y no meramente el producto de un ser racional, es necesario que las partes mismas causen mutuamente sus respectivas formas y enlaces. En efecto, si el concepto o idea del todo fuera la causa de la existencia y la forma de las partes, aclara Kant, entonces estaríamos frente a un mero artefacto, como cuando el relojero produce las partes del reloj según su idea del todo y las proyecta de acuerdo a esa idea. En este sentido, en el caso de los organismos como fines naturales, la idea del todo no es causa real de las partes, sino que es propiamente un *fundamento de conocimiento* (*Erkenntnisgrund*) para el sujeto que juzga, es decir, un medio que nosotros usamos para adquirir cono-

19. Cf. I. KANT, *KU*, § 65, AA 05: 373-374.

20. Cf. P. HUNEMAN, *op. cit.*, 289.

cimiento acerca de la cosa²¹. Dicho de otro modo: nosotros, los que juzgamos, concebimos ese todo como causa de las partes y a la vez las partes (las causas eficientes) como siendo ellas mismas efectos de causas finales. De esta manera, sostiene Kant, así como cada parte de un organismo existe *por medio de* (*durch*) las otras, así también cada parte es pensada como existiendo *para* (*um... willen*) las otras y el todo, es decir, cada parte es pensada como *instrumento* (*Werkzeug*) u *órgano* de las otras.

Tomo nuevamente un ejemplo de Huneman: tenemos la idea de un animal carnívoro y entonces juzgamos que, si tiene dientes para cortar su presa, tendrá otros dientes al lado para masticar, de modo que la presencia de un incisivo entrañará, pues, la presencia de un molar²². Claramente aquí la idea o concepto de *fin* propio del juicio teleológico de reflexión sirve para guiar y estimular regulativamente la investigación de causas eficientes cada vez más particulares en el dominio orgánico, con lo que en cierto modo Kant parece resolver el pretendido conflicto antitético entre la comprensión teleológica y la explicación mecánica, como comentaré más adelante.

Pero nuevamente, sugiere el propio Kant, el solo hecho de pensar las partes como causas y efectos de sí mismas tampoco es suficiente, por lo que se hace necesario ahondar un poco más en la condición antes mencionada. Decir que las partes son órganos que se determinan recíprocamente, que son unas *para* las otras, es algo que, en cierto sentido, todavía podría valer para los artefactos humanos. Pensemos que en un sentido débil de dependencia, podría afirmarse, por ejemplo, que las ruedas de un reloj, que deben calzar milimétricamente unas con otras en virtud de la idea del todo, se determinan recíprocamente también según su forma y enlace. Lo que hace falta precisar, entonces, como se mostraba a propósito de la ilustración del árbol, es que las partes (los órganos) sean concebidos como determinándose en sentido fuerte, esto es, *formándose, produciéndose* mutuamente ellas mismas. Solo en este caso Kant podrá

21. Cf. P. McLAUGHLIN, *Kant's Critique of Teleology in Biological Explanation: Antinomy and Teleology* (E. Mellen, Lewiston, 1990) 49-50. Sobre la noción de *Erkenntnisgrund*, cf. I. KANT, *Logik*, §§ 7-8, AA 09: 95-96, pasaje al que remite McLaughlin.

22. Cf. P. HUNEMAN, *op. cit.*, 294-295.

sostener que lo contingente según las leyes mecánicas se reúne felizmente en un todo conforme a ley.

El modelo del reloj, señala expresamente Kant, es insuficiente, y de este modo se muestra la característica más propia de los organismos según la interpretación que aquí propongo. Dice, en efecto, Kant:

“En un reloj, una parte es el instrumento del movimiento de las otras, mas no una rueda la causa eficiente de la producción (*Hervorbringung*) de la otra; una parte existe, sin duda, *para* otra, pero no *por* ella. De ahí también que la causa productiva suya y de su forma no esté contenida en la naturaleza (de esta materia), sino *fuera* de ella, en un ser que pueda efectuar según ideas un todo posible por medio de su causalidad. Por eso, así como en el reloj una rueda no produce a otra, menos aun produce un reloj otros relojes, de suerte que para ello utilizara otra materia (la organizara); por eso, tampoco remplace él por sí mismo las partes que le han sido sustraídas ni repara sus defectos en la primera formación (*Bildung*) por el concurso de las restantes, o, acaso, se arregla a sí mismo cuando se ha roto; todo esto, por el contrario, podemos esperarlo de la naturaleza orgánica”²³.

En este sentido, Kant celebra expresamente en otro pasaje la posición del anatomista Blumenbach y su noción de *impulso de formación* (*Bildungstrieb*), quien sostenía que toda explicación de los seres vivos debía hacerse a partir de la idea de una materia ya organizada y negaba, por tanto, que de la naturaleza inerte pudiera originarse la vida²⁴.

Kant puede sostener entonces que la característica distintiva de los organismos es que ellos poseen *fuerza formadora* (*bildende Kraft*) y no solamente *fuerza motriz* (*bewegende Kraft*), que es la propia de la materia inerte o “sin arte”, según la sugerente etimología de esta pa-

23. I. KANT, *KU*, § 65, AA 05: 374.

24. Cf. I. KANT, *KU*, § 81, AA 05: 424. Véase también la carta de Kant a Johann Friedrich Blumenbach del 5 de agosto de 1790, AA 11, 184-185.

labra. Un organismo, en efecto, no solo es un ser *organizado* internamente, sino también y especialmente un ser *organizante de sí mismo*, capaz de producir una organización semejante a partir de materias carentes de tal organización²⁵. Así pues, Kant puede llegar a afirmar que es esta “fuerza formadora que se propaga” (*fortpflanzende bildende Kraft*), inherente a los seres vivos, algo que no se puede explicar por la sola facultad de movimiento, esto es, por el mecanismo y se hace necesario recurrir entonces a otro principio de comprensión, a saber, el de la finalidad²⁶. Es, pues, esta característica de los seres vivos, “llenos de arte”²⁷, como dice Kant, lo único que nos autoriza a aplicar reflexivamente un nuevo principio. La técnica o arte de la naturaleza orgánica tiene que ser concebida, consecuentemente, como *espontánea*²⁸, es decir, como *internamente adecuada a fin*.

Como ha mostrado Hannah Ginsborg, en este análisis Kant tiene en consideración tanto la analogía como la diferencia entre los organismos y los artefactos²⁹. En efecto, en los dos casos tenemos que dar cuenta de los fenómenos correspondientes recurriendo a nociones teleológicas: como, por ejemplo, para entender que la función del corazón es bombear sangre a través del cuerpo (o que existe *para* eso) o que la función de una determinada rueda del reloj es girar la manilla que marca las horas. La diferencia, sin embargo, radica en que los organismos no son producidos ni preservados por una causa externa: ellos poseen por sí mismos las propiedades vitales de la autoproducción y de la regeneración, tal como vimos en la ilustración del árbol.

Ginsborg, en consecuencia, no ve en la característica de la autoorganización el aspecto central en la determinación kantiana de los organismos como fenómenos inexplicables según el principio de

25. I. KANT, *KU*, § 65, AA 05: 373 s.

26. Cf. I. KANT, *KU*, §§ 65 y 81, AA 05: 369 ss. y 421 ss. Véase sobre este punto A. ROSAS, *Kant y la ciencia natural de los organismos*, “Ideas y Valores” 137 (2008) 5-23.

27. I. KANT, *KU*, § 63, AA 05: 368.

28. I. KANT, *I. Einleitung KU*, AA 20: 235.

29. Cf. H. GINSBORG, *Kant on Understanding Organism as Natural Purposes*, en E. WATKINS (ed.), *Kant and the Sciences* (Oxford University Press, Oxford, 2001) 231-258.

la causalidad mecánica³⁰. El punto central es que dicha característica le permite a Kant distinguir nítidamente los organismos de los artefactos. Yo agregaría, sin embargo, que dicha característica sí es esencial precisamente para probar el carácter objetivo, u objetivo-reflexivo del principio de la finalidad en el caso de los seres vivos.

Este punto es importante para lo que quiero mostrar, porque, siendo esto así, la razón por la que Kant se cuida de distinguir la finalidad *interna* atribuible a los organismos de aquella que *externamente* les atribuimos a los artefactos, es en cierto modo la misma por la que Kant quiere distinguir la primera de la finalidad objetiva meramente *formal* de las figuras geométricas, por ejemplo, y también de la finalidad solo *relativa* que cabe atribuir a cualquier cosa de la naturaleza en la medida que sea útil a otra³¹.

En efecto, en el caso de los artefactos, se trata únicamente de productos de una causa racional externa. No hay nada estrictamente contingente ahí y todo se explica, al fin y al cabo, necesariamente a partir de la idea que posee el artífice externo, que impone su legalidad a la materia.

Por otro lado, Kant distingue expresamente entre la conformidad a fin *material* de la naturaleza —de la que se trata aquí, en el caso de los organismos— y el tipo de conformidad a fin *intelectual* y *formal* que cabe encontrar, por ejemplo, en las figuras geométricas y los números: estos últimos son solo representaciones *en nosotros*, y pueden reducirse en último término a las formas de la intuición pertenecientes al sujeto mismo³². La admiración que podemos sentir por la asombrosa adecuación a fin de las propiedades del círculo es, a fin de cuentas, admiración por nuestra propia capacidad configuradora, aunque rara vez sepamos esto y sea una admiración que solo puede sentir, dice Kant, el filósofo trascendental³³.

30. Cf. H. GINSBORG, *Two Kinds of Mechanical Inexplicability in Kant and Aristotle*, "Journal of the History of Philosophy" 42 (2004) 33–65.

31. Cf. P. GIORDANETTI, *Objektive Zweckmässigkeit, objektive und formale Zweckmässigkeit, relative Zweckmässigkeit* (§§ 61–63), en O. HÖFFE (ed.), *Immanuel Kant. Kritik der Urteilskraft* cit., 211–222.

32. Cf. I. KANT, *KU*, § 62, AA 05: 364.

33. Cf. I. KANT, *I. Einleitung KU*, AA 20: 216.

En estos dos últimos casos (el de los artefactos y el de las figuras geométricas) podemos exclamar entonces: *vestigium hominis video*³⁴, según la expresión de Kant, y todo trazo de contingencia se desvanece y termina siendo explicado en virtud de algo externo a la propia naturaleza del fenómeno. No es en estos casos lo dado, afirma nuestro autor, lo que “me instruye empíricamente sobre esa adecuación a fin”³⁵.

Por otro lado, cuando se trata de la finalidad que podemos atribuir a cosas que sirven de medio a otros seres, Kant señala certeramente que dichas relaciones exteriores son, de hecho, las más contingentes y fortuitas que cabe encontrar en la naturaleza: que las tierras sirvan de medio para los vegetales, estos a su vez para los animales herbívoros y estos en último término para el ser humano, es algo totalmente azaroso desde el punto de vista del mecanismo de la naturaleza y de nuestra propia experiencia de ella. Con el mismo derecho, arguye Kant siguiendo el buen criterio de Linneo, se podría decir que los animales herbívoros sirven de medio para moderar el crecimiento desmedido del reino vegetal y los seres humanos para moderar el crecimiento de los primeros³⁶. A diferencia de los dos casos anteriores, aquí la contingencia se muestra con toda su fuerza, pero esta vez son los visos de *legalidad* lo que falta: solo un juicio atrevido y arbitrario, dice Kant, intentaría afirmar que aquí hay una finalidad objetiva³⁷.

6. CONCLUSIÓN

Yo diría, pues, para concluir, que solo en el caso de los seres vivos y de su peculiar legalidad de lo contingente estamos obligados a introducir otro principio, a saber, en palabras de Kant, “el principio, *inescrutable* para nosotros, de una *organización originaria*” (*uns unerforschlichen Princip einer ursprünglichen Organisation*)”³⁸. Y esto no solo o principalmente por una deficiencia del entendimiento hu-

34. I. KANT, *KU*, § 64, AA 05: 370.

35. I. KANT, *KU*, § 62, AA 05: 365.

36. I. KANT, *KU*, § 82, AA 05: 427.

37. Cf. I. KANT, *KU*, § 63, AA 05: 369.

38. I. KANT, *KU*, § 81, AA 05: 424.

mano, sino por las propias características del fenómeno que se nos manifiesta.

Hace algunos años, François Jacob decía con lucidez que “ya no es la vida lo que se interroga en los laboratorios”³⁹, en relación con el (supuesto) éxito de las ciencias de cuño físico-matemático para explicar el mecanismo de los seres vivos. Como si la vida, esa característica algo oscura y misteriosa, hubiera terminado por disolverse en sus verdaderas fuentes naturales.

Kant, sin embargo, intentó mostrar no solo que los organismos resultan incomprensibles sin recurrir al principio de la finalidad, sino también que este último es completamente compatible con el principio de la causalidad mecánica.

A mi juicio, sostener esto último supone aclarar al menos dos puntos que no dejan de ser controvertidos. En primer lugar, que la teoría kantiana de la causalidad mecánica, la única que tiene cabida en la *explicación* científica, no sufre modificación alguna al ser puesta en relación con la máxima heurística de la finalidad. En segundo lugar, dichas afirmaciones suponen también conjeturar y evaluar hasta qué punto Kant estaría dispuesto a concederles a las ciencias de la naturaleza un avance tal en la explicación mecánica que quizás haría innecesario en algún momento el principio de la finalidad.

En cuanto al primer punto, recuérdese que en la Dialéctica de la facultad de juzgar teleológica Kant encara el conflicto antitético entre dos máximas que la reflexión puede adoptar a la hora de investigar y comprender la naturaleza en sus manifestaciones particulares. Según la tesis de esta antinomia teleológica (primera máxima), “toda generación de cosas materiales y de sus formas tiene que ser juzgada como posible según leyes meramente mecánicas”⁴⁰. De acuerdo a la antítesis (segunda máxima), sin embargo, “*algunos* productos de la naturaleza *material* no pueden ser juzgados como posibles según leyes meramente mecánicas (su enjuiciamiento requiere una ley de causalidad enteramente distinta, a saber, la de las causas finales)”⁴¹.

39. F. JACOB, *La logique du vivant. Une histoire de l'hérédité* (Gallimard, Paris, 1970) 320.

40. I. KANT, *KU*, § 70, AA 05: 387.

41. I. KANT, *KU*, § 70, AA 05: 387.

Pues bien, al tratarse de *máximas* de la facultad de juzgar reflexionante, esto es, de principios heurísticos de la reflexión, es claro que no puede haber contradicción alguna entre ambas si se tiene presente que ellas solo prescriben el modo en que debemos necesariamente *juzgar* los fenómenos de la naturaleza material y reflexionar a propósito de ellos, sin determinar cómo estos *son* constitutivamente.

La primera máxima, así, no afirma que todo en la naturaleza sea únicamente posible con arreglo a leyes de la causalidad mecánica y con exclusión de cualquier otro tipo de causalidad, como la final; se limita a decir que en todo caso particular debemos reflexionar de acuerdo al principio del mecanismo causal e investigar de ese modo hasta donde nos sea posible. Ahora bien, si a pesar de todos nuestros esfuerzos no logramos encontrar una explicación mecánica que nos permita entender esos fenómenos particulares en su sentido más peculiar, entonces podemos legítimamente adoptar la segunda máxima e indagar de acuerdo al principio de la causalidad final. Con esto no queda suprimida en absoluto la primera máxima, que puede y debe continuar investigando nuevas conexiones mecánicas simultáneamente, como sostiene Kant, sino que únicamente se nos señala que “*para nosotros*, en cuanto hombres”, la explicación mecánica es limitada en su capacidad de llegar a término a la hora de atender a ciertos productos de la naturaleza⁴². La reflexión teleológica puede errar en la aplicación de su principio, ciertamente, pero el punto relevante aquí es que las dos máximas pueden coexistir sin estorbarse.

Con todo, la evidente conexión entre esta primera máxima y la segunda analogía de la experiencia establecida en la *Crítica de la razón pura* ha hecho pensar que nos encontramos ahora ante una modificación importante de la doctrina kantiana de la causalidad, lo que ha dado lugar a una larga discusión entre comentaristas como Breitenbach, Ginsborg y Watkins⁴³. Se podría afirmar, así, que Kant ahora reconoce que el principio de la causalidad mecánica de la na-

42. I. KANT, *KU*, § 80, AA 05: 417-418.

43. Cf. A. BREITENBACH, *op. cit.*, 694-711; H. GINSBORG, *Two Kinds of Mechanical Inexplicability* cit., 33-65; E. WATKINS, *Die Antinomie der teleologischen Urteilskraft und Kants Ablehnung alternativer Teleologien* (§§ 69-71 und §§ 72-73), en O. HÖFFE (ed.), *Immanuel Kant. Kritik der Urteilskraft* cit., 241-258.

turalidad es en el fondo solo un principio regulativo de la facultad de juzgar⁴⁴; pero ciertamente con esto la incoherencia del sistema crítico se tornaría patente, como ha mostrado bien Allison en su estudio de esta antinomia⁴⁵.

La legalidad del entendimiento sobre la naturaleza, a través del principio de causalidad, posee valor constitutivo porque únicamente bajo esa legalidad son posibles los objetos de la experiencia. Esta doctrina fundamental no varía esencialmente en la tercera *Crítica*. La modificación que Kant hace ahora tiene que ver solo con el problema de la aplicación de las leyes del entendimiento a los casos particulares y, según Kant, el problema de la aplicación es asunto de la facultad de juzgar, no del entendimiento en primer término.

Al comparar la máxima del mecanismo con la segunda analogía de la experiencia, puede verse claramente que la primera se plantea como un principio heurístico o regulativo que orienta la investigación de los fenómenos precisamente en sus leyes particulares, donde la experiencia nos presenta los fenómenos en su más heterogénea diversidad. Lo que tenemos que hacer de acuerdo a esta máxima es suponer que también ahí, en lo más *contingente* de nuestra experiencia y donde nada puede ser determinado *a priori*, es posible aplicar en concreto el principio de la causalidad mecánica. En cambio, la segunda analogía da las condiciones formales de un objeto *en general* y deja a la experiencia misma la tarea de buscar qué cosa concreta es causa de tal otra. Esta sería la tarea de la observación científica.

Con esto paso al segundo punto que quiero comentar a modo de conclusión. Si es cierto entonces que Kant acepta e incluso alienta la indagación científica en términos de causalidad mecánica, ¿estaría dispuesto a conceder que, con el avance de estas ciencias, se podría llegar a un punto en el que se haría innecesario apelar al principio de la finalidad? Todo indica que no. No es la vida misma lo que se interroga en los laboratorios, ni la idea de organismo, sino el mecanismo que permite esa vida y esa articulación orgánica.

44. Cf. R. E. BUTTS, *Kant and the Double Government Methodology* (Reidel, Dordrecht, 1984) 272 y ss.; P. GUYER, *Introduction*, en P. GUYER (ed.), *The Cambridge Companion to Kant* (Cambridge University Press, Cambridge, 1992) 23 y s.

45. Cf. H. ALLISON, *Kant's Antinomy of Teleological Judgment*, "The Southern Journal of Philosophy" 30/Supplement (1991) 25-42.

Sin embargo, el propio Kant, en su Metodología de la facultad de juzgar teleológica, hablará curiosamente de un “débil rayo de esperanza” de que alguna vez se logrará llegar a *algo más* con el principio del mecanismo:

“La concordancia de tantas especies animales en un cierto esquema común que no solo parece subyacer a su esqueleto, sino también a la disposición de las demás partes, donde una admirable simplicidad del plan general ha podido, por el acortamiento de unas partes y el alargamiento de otras, el enrollamiento de éstas y el desenrollamiento de aquéllas, producir una diversidad tan grande de especies, arroja, bien que débil, un rayo de esperanza en el ánimo, de que bien podría llegarse a algo aquí con el principio del mecanismo de la naturaleza, sin el cual no puede haber en absoluto una ciencia de la naturaleza. Esta analogía de las formas, en la medida en que [estas], a despecho de toda diferencia, parecen ser generadas conforme un arquetipo común, refuerza la conjetura de un efectivo parentesco de ellas en la generación a partir de una madre originaria común, por la gradual aproximación de una especie animal a la otra, desde aquella en que el principio de los fines parece estar más acreditado, o sea el hombre, hasta el pólipo, y de este, incluso a los musgos y líquenes y, por fin, a los grados más bajos de la naturaleza que podemos advertir, hasta la materia bruta: de esta y de sus fuerzas parece derivar, según leyes mecánicas (al igual que esas según las cuales opera en las generaciones de [los] cristales), toda la técnica de la naturaleza, que en los seres organizados nos es tan inconcebible que nos creemos necesitados de pensar para ello un principio distinto”⁴⁶.

Este pasaje es notable por muchas razones, pero ahora solo me limito a destacar una consecuencia: el propio Kant señala que nosotros, en cuanto hombres, no podemos sino atribuirle a esa madre universal común una organización originaria, de acuerdo a la máxima de la finalidad, pero agrega también, en una breve nota a esta idea, que

46. I. KANT, *KU*, § 80, AA 05: 418-419.

en el fondo no es absurdo tampoco pensar que la fuerza formativa de esa matriz no actúe de manera *homónyma*, sino *heterónyma*, es decir, podemos pensar que “ciertos animales acuáticos se transformasen poco a poco en animales palustres, y estos, tras algunas generaciones, en animales terrestres”, y añade Kant inmediatamente: “a priori, en el juicio de la mera razón, esto no es contradictorio, solo que la experiencia no muestra de ello ningún ejemplo”⁴⁷.

Creo que Kant es bastante explícito en reconocer que la experiencia aquí tiene la última palabra y que a fin de cuentas no se habría extrañado en absoluto de los caminos que tomaría la biología a partir de Darwin y habría adoptado de buena gana una suerte de reduccionismo pragmático.

¿Se suprimiría con esto el principio de la finalidad? De ningún modo. Solo lo desplazaríamos, como dice el propio Kant, un poco más atrás.

47. I. KANT, *KU*, § 80, AA 05: 419.